

Una ocurrencia de filántropo, probab'emente. El cuarto de disciplina es un suplicio que doma hasta á los más rebeldes. Según parece, le temen más aún que al calabozo, castigo supremo; hasta el punto de que los niños á quienes se castiga con el cuarto de disciplina cometen en seguida una falta más grave á fin de ser llevados al calabozo. Éste es duro. Se está en él solo, en la oscuridad, alimentado á pan y agua y acostándose en el suelo. Pero, al menos, puede el preso sentarse en un rincón, apoyar la espalda en la pared y descansar y hasta dormir, mientras que en aquella marcha sin tregua al rededor de las paredes; marcha que aniquila, que mareta, se acaba por sentir á cada paso una dolorosa sacudida en el cerebro. Es notable ¿verdad? un método de castigo cuya primera consecuencia es impulsar al niño, ya culpable, á cometer una falta mayor. El muchacho á quien se envía al cuarto de corrección por haber hecho una mueca al inspector, tiene que escupirle en la cara para merecer una pena más soportable. Esto, que parece cómico, es, sin embargo, espantoso.

XI

¡Cloc! ¡cloc!... ¡Cloc! ¡cloc!.. Los zuecos resonaban en el pavimento del cuarto de disciplina, pesados y rítmicos, y uno tras otro, pisándose los talones, marchaban sin tregua unos treinta colonos. Cristián, el último de la fila, como cojeaba un poco, se quedaba rezagado algunas veces.

« ¡Vivo, fuera pereza! le dijo el inspector, sentado en un taburete en medio de la sala.

Después añadió :

« Cuidado... Marcad los rincones. »

Porque los castigados trataban de evitar en los ángulos el cuarto de conversión que es una sacudida, un trabajo más, y el hombre quería absolutamente que le sufriesen.

Y los horribles niños andaban.. andaban. Realmente, eran horribles. Sus ojos, sin un solo

reflejo, parecían vidrios deslustrados. Cada una de aquellas caras embrutecidas recordaba un animal. Uno tenía frente de carnero, otro hocico de garduña, el de más allá morro de puerco. ¡Tened lástima, jóvenes agraciados, personas de inteligencia, que leáis estas líneas; tened lástima de la fealdad de aquellos pobres seres y compadeceos de su estupidez! ¡No es suya la culpa!

¡Cloc!... ¡cloc! Los niños marchaban sin descanso y estaban rendidos. Sus pies estaban entumecidos en los duros zuecos; sus piernas parecían de plomo y aunque los infelices se erguían por desafío, por espíritu de protesta contra el castigo, no podían más y la fatiga les hinchaba el cuello. Y andaban... andaban...

En el enervamiento de la monótona marcha, Cristián soñaba y repasaba en la mente su cautividad, ya larga.

Se volvía á ver pequeñuelo, de nueve años apenas, cuando llegó á la Colonia. Y en seguida sentía una instintiva repugnancia hacia aquellos grandes edificios de yeso, de desesperante simetría, hacia la capilla, una especie de barraca en cuyo techo había una cruz, hacia el paisaje de la meseta, una llanura desnuda, interminable, con alguno que otro grupo de olmos desmedrados. Aquello se parecía á los toscos dibujos de árboles

y casas que él hacía en los blancos de sus libros de la escuela. Después se veía en la oficina de la colonia. Allí le ponían desnudo, le examinaban como si fuera un animal ó una cosa, y le vestían de tela de sacos numerada. El que le inscribía en un librote le había llamado Cristián Forgeat y como él, todo extrañado, replicase: « No, señor, yo me llamo Aubry. Mi padre, el carpintero, se llamaba Próspero Aubry, el empleado, había, mirado unos papeles y había dicho, alzándose de hombros: « Te llamas Forgeat. Aubry es el hombre que vivía con tu madre, ¿ estamos? y que no quiere nada contigo, en lo que supongo que tiene mucha razón. » El niño no entendió nada de todo aquello y se quedó aturdido. ¿ Cómo? ¿ Aquel infame, que le aporreaba, no era su padre? ¡ Mejor; porque le odiaba!...

Cristián se dió muy pronto cuenta de todo y supo sin tardanza lo que era un hijo natural. « El hombre que vivía con mi madre » era una de las frases más corrientes en la Colonia. Y el pequeño Cristián aprendió prontamente otras muchas. Los impúberes presidiarios depositaron en seguida todas sus inmundicias morales en aquel tierno espíritu, con ese odio instintivo á la blancura que impulsa á los pilluelos á pintar figuras y palabras obscenas en las paredes recién blan-

queqdas. Pronto conoció las secretas vergüenzas, el misterio de ciertas amistades innobles... ¡Y tenía apenas diez años!

¡Oh! Aquí viene á mi mente la idea del niño puro, hijo dichoso de una pareja de personas honradas que le aman y que velan su sueño poblado de dulces imágenes. Con frecuencia su padre toca sus manitas y clava la mirada en sus ojos turbados por el sueño. ¡Con qué prudencia responden aquellos padres á las atrevidas preguntas que inspira la curiosidad infantil! ¡Qué preciosa es para ellos la ignorancia del niño! Sin atreverse ni á hablar entre ellos, permanecen tiernos y atentos ante el sencillo despertar de sus sentidos, como ante la apertura de una flor. ¡Dichoso tú, niño sagrado!... Algunas veces, sin embargo, entre los pequeños vagabundos recogidos en el arroyo, hay alguno que es inocente como aquel y al que un dichoso azar ha conservado la pureza. Pero éste es confundido con los demás. Y se arroja una azucena á la alcantarilla.

¡Cloc! ¡cloc!... ¡Cloc! ¡cloc!... Mecido por el pesado ritmo de los zuecos, Cristián se veía, algunos años antes, acostado en una buena cama, en la enfermería, y con una pierna inmóvil y entablillada, á causa de la brutalidad de un monstruo de cuya odiosa persecución había querido huir y

quedándose inútil y estropeado para siempre. Pero, al menos, estaba entre sábanas y bien cuidado. Una tibia y dulce sensación le envolvía, como el agua de un baño.

Además había alguien que le amaba, alguien que iba con frecuencia á sentarse á su cabecera, le miraba con bondad y le hablaba afectuosamente. Era Simón Benoit, el maestro de escuela de la colonia, un enfermo del pecho, casi afónico, que apenas podía dar su clase y que había sido destinado á los detenidos porque, para ellos, bueno era. Antes de morir, porque veía su fin cercano, quiso salvar uno, uno al menos, de aquellos niños que se sentaban delante de él en los bancos algunas veces á la semana y que le infundían miedo y lástima. El más inteligente, el menos pervertido, el que tenía aún en los ojos un destello de franqueza, era el pequeño Cristián Forgeat, y el moribundo le escogió, le adoptó entre todos. Como quien sopla un carbón casi apagado, reanimó aquella conciencia agonizante y vió con júbilo revivir en él las últimas chispas del honor y de la bondad. ¡Oh! Cristián no olvidó jamás la fisonomía querida de su único amigo, aquella cabeza enfermiza de tísico, amarilla y reluciente como la cera, de orejas despegadas y que se inclinaba con él sobre los libros. Aquel

dedo delgado y tembloroso de fiebre, que le mostraba el pasaje aprovechable, la línea bienhechora, quedó para siempre grabado en la memoria del desgraciado niño.

¡Cloc! ¡cloc!... ¡Cloc! ¡cloc!... Por la mente de Cristián desfilaban años interminables de miseria y de abyección. Cada estación había dejado un amargo recuerdo al niño cautivo. Inviernos crueles, destempladas primaveras, veranos abrumadores y tórridos, otoños de lodo y de hojas muertas. Y siempre aquellos lugares detestados presentes á sus ojos. ¡Oh! ¡Cuántas pesadas horas, horas de trabajo y de fastidio, transcurridas y contadas inexorablemente, con sus cuartos y sus medias, en el reloj de la capilla! ¡Y qué solo estaba, en aquella vida de dormitorio común y de ejercicios en pelotón! Desde la muerte del pobre maestro, ni un amigo... Despreciado por los incorregibles, que le tenían por un traidor, no tenía tampoco confianza en los supuestos buenos sujetos, porque le repugnaban igualmente el cinismo y la hipocresía. ¡Qué larga le resultaba su horrible niñez! Y, andando el tiempo, ¿qué sería de él? Á los diez y ocho años los jóvenes detenidos tienen derecho á sentar plaza, adelantando la época normal de su servicio militar, y todos lo hacen así para entrar en la infantería de

marina, allá, en las colonias, donde hay guerra. La disciplina militar les resulta dulce, la bandera es un buen cendal para limpiar el pasado, y el fuego todo lo purifica. Pero Cristián, cojo, no tenía el recurso de hacerse soldado. No era muy diestro de manos y nunca pasaría de ser un menos que mediano obrero. Veía llegar casi con espanto el momento de salir de aquella colonia, en la que, sin embargo, tanto sufría, y de encontrarse solo en medio de la calle, con los cincuenta ó sesenta francos de su masita y, por toda recomendación, la cartilla de antiguo recluso. No conocía la vida ni la sociedad, pero presentía que eran duras, con su precoz experiencia en la desgracia, y tenía miedo de la libertad. ¡Ni un amigo! Y, una vez libre, se proponía hasta evitar el tenerlos, si habían de serlo sus compañeros actuales á quienes sabía que sólo podría encontrar en el mal camino. Conocía cuántos fangosos vicios se ocultan bajo aquellas frentes domadas, tras de aquellas caras inmóviles y grises, como el agua de los pantanos. « Dime, Julio; cuando salgas de aquí, ¿qué quieres ser? » preguntó en cierta ocasión á uno de ellos, un rubillo de ojos claros que le inspiraba cierta simpatía. « *Tomador*, como mi padre » respondió el muchacho con risa breve y perversa. ¡Oh! sí; había que huir de ellos. Pero

¿dónde encontraría trabajo? ¿Á qué puerta llamaría? Hacía algún tiempo, cuando confiaba este temor á Simón Benoit, el pobre enfermo se ponía sombrío. « Ni siquiera podré estar á tu lado para ayudarte, pobre Cristián, le decía. Si, estarás muy solo. Pasarás más penas que otro cualquiera y necesitarás más valor y más perseverancia que los demás. ¡Pero, no importa! Cuida, aun así, de portarte como un hombre honrado... Ya verás; ese es el único medio de no ser tan desgraciado... » ¡Sí! ¡sí! Trataría de seguir ese consejo... Se lo había prometido á su amigo al morir... Cualquier oficio sería bueno, pero no comería más que pan bien ganado...

Así soñaba y se exaltaba el infeliz, y reuniendo ya, para las luchas futuras, todos los esfuerzos de su voluntad, marchaba, marchaba, la frente inclinada, los hombros doloridos, los pies escoriados y echando sangre dentro de los zuecos... ¡Cloc!... ¡cloc!...

Pero, de repente, la puerta se abrió y apareció el inspector jefe.

« ¡Alto! Se levantan todos los castigos... Á ponerse los zapatos nuevos y el traje número 1... Se va á formar el batallón... ¡Vivo!... »

¿Qué sucedía? Algo extraordinario. Un personaje, un inspector general muy puesto de levita

y con una deslumbradora roseta roja en el ojal, acababa de llegar de improviso.

¡Diantre! ¡A buen tiempo llegaba el funcionario! En aquel momento la Colonia estaba espantosa. Un cielo de Noviembre, preñado de nubesbajas y siniestras; barro por todas partes, como en una feria de ganados; los niños enlodados hasta el cuello y tiritando con sus blusas de lienzo; y la cocina apestando á sebo á tiro de fusil...

Mas no haya cuidado. El director no perdió la cabeza. Lo que más despreciaba el capitán Guijarro en los paisanos era su ridícula sensibilidad. Pero el capitán quería conservar su plaza y no era cosa de cometer la insigne torpeza de disgustar á aquel señorón, que era, después de todo, su superior, con espectáculos lastimosos. ¿Cuánto tiempo hacía falta para disfrazar el establecimiento y darle un aspecto de decencia y de comodidad? Á lo más, media hora, porque, gracias á Dios, todo marchaba allí al pelo. El director no tenía, pues, más que entretener durante media hora al inspector general y nada había más sencillo.

En cuanto el capigordo, gordo en todos sentidos y aun obeso, con algo de asma, bajó del coche, el capitán Guijarro se apoderó de él y le

introdujo ceremoniosamente en su despacho

« ¡Ante todo, señor inspector, la contabilidad! »

En cuanto á esto, no gustaba de bromas el director de la Meseta. Los libros estaban al día y todos los gastos justificados al céntimo. No había más que comprobarlo, si se quería.

Sin tiempo para respirar, el inspector tuvo que instalarse, casi á la fuerza, ante los librotés y que sumergirse en un mar de papeles y de cuentas. En realidad, no entendía gran cosa de todo aquello, pero por salvar la negra honrilla, hizo cabalgar sobre su nariz unos *quevedos*, leyó en alta voz algunas cifras, comprobó una suma y hasta dijo « muy bien » con voz profunda y aire de suficiencia.

En seguida, á fin de deslumbrarle y también para que los colonos tuvieran tiempo de desgrasarse un poco, el director empezó modestamente á hacer su propio elogio. Jamás la Colonia había estado más próspera. La mortalidad había disminuído. (Bueno es advertir que todos los niños débiles y de mala constitución habían muerto hacía mucho tiempo). Y reinaba, como siempre, un perfecto acuerdo entre la agricultura y la virtud. La recolección de nabos había sido magnífica y correspondía exactamente con los progresos del nivel moral de los jóvenes detenidos.

Pero, decididamente, media hora es larga, y el capitán tuvo que seguir divirtiendo al importuno visitante con todo linaje de bagatelas.

« Permítame usted ahora, señor inspector general, que le dé cuenta de dos documentos del más alto interés. »

El primero era una carta de un respetable labrador de la provincia, dando las gracias al señor director de la Colonia de la Meseta por haberle confiado como mozo de labranza un tal Hipólito, de quince años de edad, de cuyos servicios estaba satisfechísimo. Lo que el honrado labrador no decía era que daba á Hipólito un salario irrisorio y que le alimentaba, poco más ó menos, como á los puercos. El segundo documento, que hedía á mentira desde una legua, era una página de efusión y de reconocimiento dirigida por el colono en cuestión al capitán Guijarro, su bienhechor. El capitán hizo muy bien de apresurarse á dar lectura de aquellas líneas enternecedoras, porque tres días después se hubiera sabido que el tal Hipólito se había escapado de casa del digno labrador, después de haber descerrajado un armario y robado una media de lana llena de monedas de cinco francos.

Por fin pasó la media hora. « Cuando guste el señor inspector, puede empezar su visita... » Gustó

en seguida. No hay para qué decir que no le enseñaron más que uno ó dos talleres; la herrería, retumbante de ruidos heroicos, lo que hace siempre buen efecto, y el taller de cepillería « muy reproductivo para la administración », en el que el inspector tuvo ocasión de admirar un notable trabajo de paciencia hecho por uno de los jóvenes obreros: el retrato del jefe del Estado, hecho con crin.

« Muy curioso » exclamó el resplandeciente funcionario.

De repente se oyó una música marcial, sorpresa agradable, que tocaba *la Marsellesa*. Y el inspector general, conducido por el director á la explanada central de la colonia, lanzó un grito de admiración al ver el batallón de los jóvenes detenidos que le presentaban las armas con sus fusiles de madera.

¡Firmes! mandó el capitán con toda la fuerza de su ronquera incurable.

Aquel era su triunfo, su gran reserva para las ocasiones. Y verdaderamente los pequeños presidiarios presentados así, la gorra sobre la oreja, con sus cinturones de cuero, las blusas nuevas y los zapatos embetunados, no tenían mal aspecto. El inspector general no podía distinguir á veinte pasos las caras de vicio y de enfermedad, las mi-

radas de odio, las mandíbulas de bestia feroz, los granos malignos ni las placas escrofulosas. Vistos de lejos, casi eran agradables... ¡Ay! ¡Al fin niños!

« ¡Atención!... ¡Flanco derecho!... ¡Arm!... ¡Armas al hombro!... ¡Arm!... ¡Marchen!... ¡Arm! »

Los movimientos se ejecutaron con perfecta precisión. Los tambores batieron y resonaron las cornetas. Hasta hubo un joven ladrón de bolsillos que tenía el empleo de tambor mayor é hizo molinetes con un bastón de puño niquelado. La tropa desfiló con aplomo y pasó y repasó en columna y por secciones ante el señor inspector general.

El buen señor estaba encantado, entusiasmado, sin duda ninguna. ¡Ahí es nada! Pasar una revista es halagador para un paisano. Aunque no tenía en su persona nada de ecuestre ni de militar, el empleado se creyó por un instante un general en jefe. Cuando pasó la bandera la saludó de buena fe y por poco si recordando las pantomimas del circo, no imita á Napoleón y saca un polvo de rapé del bolsillo del chaleco.

El capitán Guijarro podía estar tranquilo; el informe acerca de la Colonia sería magnífico.

Cristián, sin embargo, el cojo, que no había

tomado parte en la revista, miraba los pelotones que volvían al edificio. Lejos de la mirada del director, los pequeños presidiarios, los niños malditos, no se contenían y marchaban en desorden sofocados por el ejercicio, exhalando un olor de fieras y bromeando á media voz con palabras de *argot* y risas de crápula. Cristián veía muy de cerca á sus compañeros de miseria y de infamia y jamás, acaso, los había encontrado tan espantosos como en aquel momento. Pero á ese sentimiento se mezclaba una confusa lástima y un misterioso atractivo. Sabía cuánto odio bilioso, cuánta cólera acumulada guardaban aquellos desgraciados en el fondo del corazón y presentía que, con el tiempo, habrían de vengarse. Y los disculpaba. ¡Sufrían tanto! Él mismo, sometido á igual suplicio, ¿no era un cobarde al resignarse? ¿No había más lealtad en aquel cinismo y más bravura en aquella rebelión?... ¡Ah! ¡Qué débil era todavía el germen de deber y de honor depositado por Simón Benoit en el alma de aquel pobre niño!... Y el honrado maestro no estaba ya allí para decirle: « ¡Valor! » Hacía un momento, en el cuarto de disciplina, agobiado por el castigo injusto y cruel, se prometía cumplir la palabra empeñada á su único amigo de perseverar en el bien. Y después, al ver desfilar aquellos misera-

bles se sentía como fascinado por su horror, como embriagado por su infección y experimentaba un lamentable deseo de incorporarse en sus filas y de marchar con ellos para siempre en el ejército del crimen...